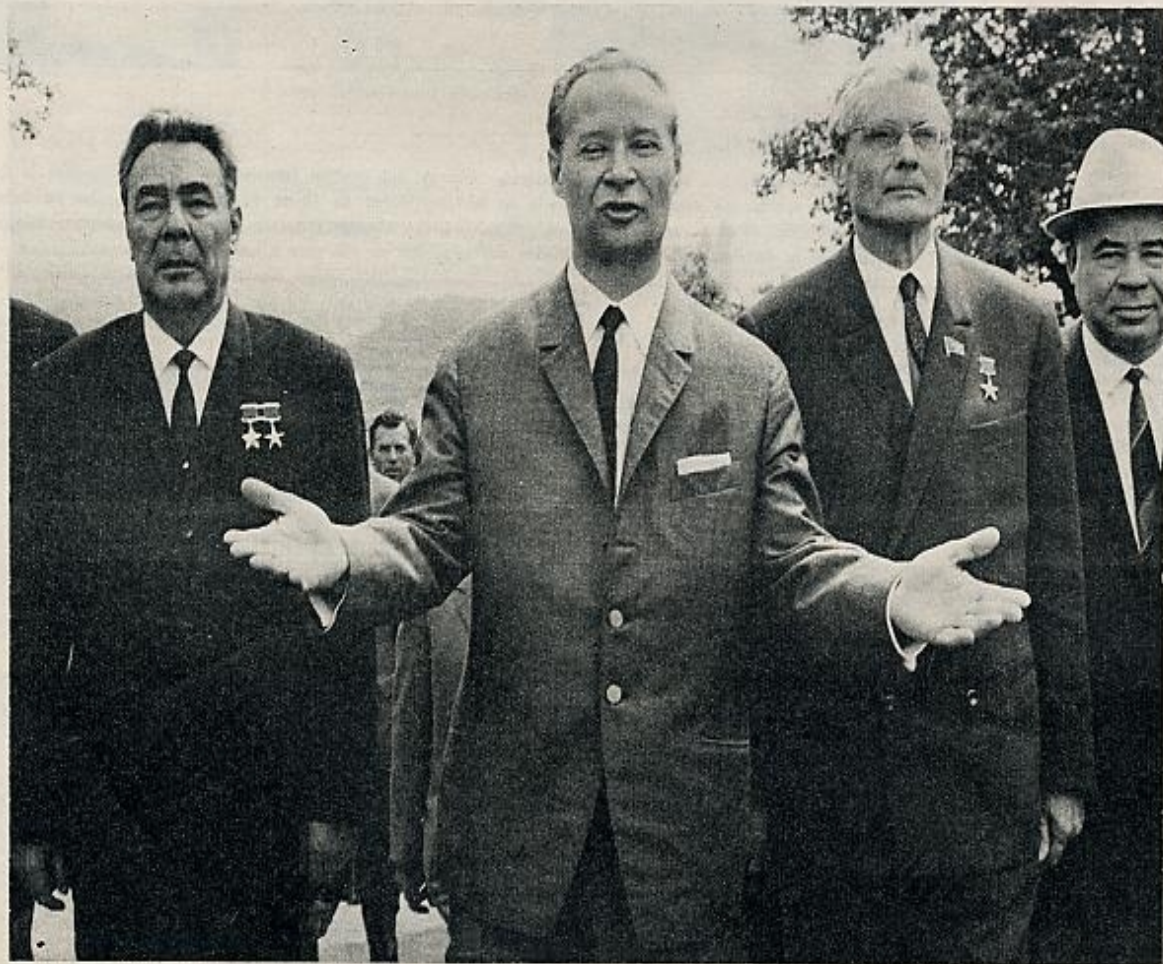


HARO TEGLEN

BRATISLAVA Las últimas tropas soviéticas se alejaron de Checoslovaquia el sábado por la mañana, poco antes de que comenzase la conferencia de Bratislava. Llegan, en su lugar, los primeros grupos de turistas soviéticos cuyos viajes estaban suspendidos a causa de la tensión entre los dos países. La prensa de Moscú cambia de tono, es menos dura —con matices: la «Pravda», órgano del partido, es más moderada que «Estrella Roja», órgano del Ejército— y hay una cierta expectativa ante el comunicado que pueda salir de la reunión de Bratislava —que no se ha hecho público cuando se escriben estas líneas—. La mayor parte de los comentarios, en el Este y en el Oeste, entienden que tras las conversaciones de Cierna, la Unión Soviética va a ser el abogado defensor de Checoslovaquia ante los grupos «duros» que la acusan: Bulgaria, República Democrática de Alemania, Polonia, Hungría. Acusan con rudeza. Encuentran en la actitud checa «un nacionalismo burgués rabioso», un conservadurismo, un deseo de «regreso al pasado», una «presión de los reaccionarios». El tono difiere notablemente del que emplean no solamente los partidos comunistas occidentales, que salen de su cuidadosa reserva para manifestarse solidarios del experimento checo, y lo hacen ahora en virtud del «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos» (declaración de los comunistas suecos) y «convencidos de que no se trata de una contrarrevolución» (declaración austriaca), sino también dos países de régimen comunista, como son Yugoslavia y Rumania. El jueves, al terminar las reuniones de Cierna, jóvenes checos paseaban pancartas por las calles de Praga pidiendo que Yugoslavia y Rumania acudieran a Bratislava, para equilibrar así con su peso a favor de Checoslovaquia una reunión donde todos los reunidos son contrarios a la «experiencia». Precisamente la mayor defensa de estos dos países consiste en no acudir, en sostener que los movimientos de un país dentro del comunismo no deben ser juzgados por otros. Defienden así no solamente a Checoslovaquia, sino a ellos mismos, a sus buscas y sus experiencias, a su derecho a la independencia. De la misma forma que Hungría, Polonia, Bulgaria y Alemania del Este están defendiendo la

propia rigidez de sus viejos cuadros de mandos; sospechan los grupos en el poder de esos países, y lo sospechan con bastante fundamento, que el desarrollo de la experiencia checa va a influir notablemente en el desarrollo de sus propios países.

Pero no todo es defensa propia de estos grupos o grupúsculos en el poder. El escudo estratégico a que aluden, la existencia perpetua de una amenaza de la Alemania del Oeste, la concentración en ese país de bases americanas, de bombas atómicas, de contingentes de los países de la OTAN, es un hecho evidente. Un manual de historia contemporánea puede enseñar a cualquiera lo que les ha ocurrido a todos estos países en la época —y en las distintas épocas históricas— en que Alemania ha sido fuerte y no ha encontrado un freno a su expansionismo y a su agresividad. Aún hay en toda Europa, y precisamente en esa Europa y no en otra, ruinas calcinadas, familias enlutadas y cuerpos mutilados, física y moralmente, como consecuencia de lo que piadosamente se ha llamado la locura de Hitler, que no debía ser tan personal puesto que continuaba lo que había emprendido veinte años antes el Kaiser Guillermo II, continuador a su vez de Bismarck. No hay ningún indicio de que esa línea histórica se haya roto; por el contrario, la oposición continua de la Alemania Federal de hoy al apaciguamiento militar en Europa, sus negativas oficiales y sus manobras políticas contra los planes de desarme, sus esfuerzos para que las tropas americanas permanezcan en su territorio, la hacen considerablemente sospechosa para estos grupos nacionales tan angustiados históricamente. A su vez, Alemania Federal sufre de una misma desconfianza. No debe haber nada más angustioso que estar rodeado por sus propias víctimas y ver a estas víctimas bien armadas, solidarias y con un sistema político unánime. Es muy cierto que para la República de Bonn es un alivio y una esperanza ver la evolución de Checoslovaquia; y en la medida en que ello es una esperanza para Alemania del Oeste es una inquietud para la U. R. S. S., para Polonia, para Hungría. Sobre todo cuando sospechan que Alemania del Oeste no se limita a mantener su esperanza de una manera pa-



Dubcek, entre Brejnev (a su derecha) y Suslov, uno de los «teóricos» del Kremlin. Al final, y tras unos días de angustia, las tesis checoslovacas se han impuesto en la «cumbre» de Bratislava. Dubcek ha sabido ser persuasivo, convincente, tranquilizador...

MEJICO

La hora de la impugnación

Méjico, como Francia, es un país que soporta la joroba histórica de una revolución frustrada. La revolución de 1911 produjo unas reformas sociales abundantes, tanto en beneficio directo del trabajador —derechos de trabajo, ayudas sociales—, como en el camino del incipiente socialismo —nacionalizaciones, expropiaciones, colectivizaciones— y en el de la reforma agraria y la enseñanza. Aun los revolucionarios rusos de 1917 estaban fascinados por la revolución de Méjico, por la «tempestad sobre Méjico». Como en Francia, la revolución se aburguesó, se institucionalizó. El partido del poder se llama «Partido Revolucionario Institucional»; es un partido inteligente, hábil, pero sus actos de gobierno se contradicen con sus principios doctrinales. Es una fatalidad, es una constante: como el laborismo británico, como el socialismo francés o italiano, como la social-democracia italiana. Sobre estas premisas de contradicción entre la supervivencia es crítica de unas doctrinas revolucionarias, de unas consignas que aún están en los documentos oficiales, y una situación estancada burguesa y conservadora, se puede establecer un cierto paralelismo entre el estadijillo juvenil de Francia y el de Méjico. La diferencia de calidad en la violencia es la normal entre un país tan moderado en la sangre como lo es Francia y una «tierra caliente» que dispara con más facilidad. Los grupos revolucionarios estudiantiles de Méjico han mostrado, como los de Francia, retratos del

«Che», de Mao, de Lenin; solamente que la figura del «Che» tiene un significado más profundo y más próximo en un país americano que en Francia, donde está sobre todo unida a reacciones intelectuales. También en Méjico la izquierda oficial, la izquierda más dogmática del comunismo, ha denunciado «grupúsculos», provocaciones, trotskismos y chinismos. Sobre toda esta identificación con Francia —y con otros países del mundo europeo o americano— hay unos hechos diferenciales muy notables: además del de la abundante sangre vertida —y por muy «tierra caliente» que sea, la muerte es siempre la muerte—, el contexto económico y social de Méjico, con sus grandes diferencias de nivel de vida, la frontera con los Estados Unidos, las repetidas visitas entre el Presidente de los Estados Unidos —vecino en su rancho de Tejas— y el de Méjico, pueden ocasionar una desembocadura notablemente distinta. También se añade a la situación la proximidad de los Juegos Olímpicos, ya bastante tenidos de política, que en un momento van a provocar la afluencia hacia Méjico de cientos de miles de personas y de un número considerable de jóvenes de todo el mundo. Méjico teme ahora que los Juegos puedan sufrir una suerte parecida a la del Festival de Cannes, en Francia, y contra la conversión del deporte en una muestra más de la sociedad de consumo y de la industrialización de lo que, en principio, es una manifestación espontánea de la juventud.



La anuencia de Bratislava a la evolución checa puede ser un factor histórico decisivo.

siva, sino que hace cuanto puede por ayudar la evolución checa y, creen ellos, para tergiversarla.

En este equilibrio de desconfianzas, la anuencia de Bratislava a la evolución checa, tras la seguridad de que este país no abandonará el Pacto de Varsovia y sostendrá el comunismo por una vía diferente, puede ser un factor histórico decisivo. Una experiencia de comunismo desarmado, dialogante, fecundo, de un socialismo de nueva forma en lugar del «comunismo de guerra» que, por circunstancias históricas, domina en Europa desde que lo proclamó Lenin y lo multiplicó Stalin, podría modificar la tensión de Alemania del Oeste, sobre todo si sus aliados americanos no la dejan otra alternativa. Muchos observadores en los países comunistas creen que esto es una utopía. Creen que la actitud alemana es irreversible, porque procede de su entraña neocapitalista, de las circunstancias en que fue recreada, tras su derrota, por los Estados Unidos como una pieza armada importante de su política anticomunista y que como está inventada para eso y sólo para eso, carece de mecanismos interiores que la puedan reconvertir. Por el contrario, sus mecanismos interiores —reforzados ahora por las leyes de excepción— impiden sistemáticamente el acceso al poder de los grupos de oposición, de los núcleos pacifistas y renovadores en quienes está la única posibilidad de variación política de los objetivos alemanes. Estos analistas creen que si Alemania del Oeste operase su transformación en pieza de guerra fría a pieza de la coexistencia, la evolución de los países comunistas del Este —incluyendo la U. R. S. S.— sería no sólo inevitable, sino también justa. Este problema de «quién empieza» es uno de los más venenosos de cualquier situación internacional. En este caso, no se plantea. Empezó la U. R. S. S. con su movimiento de desestalinización, con su XX Congreso, con sus doctrinas de coexistencia pacífica y ya no se puede detener. Lo único que puede hacer es lo que hace ahora: buscar el mayor número posible de seguridades, militares y políticas, de que ese camino no será el de una catástrofe, tratar de obtener concesiones de sus concesiones. La experiencia checoslovaca y la multiplicidad de opiniones en el movimiento comunista mundial es una etapa de ese camino. La U. R. S. S. puede observar que la mella que esta política ha creado en su enemigo virtual, en el mundo de hegemonía americana, es al menos tan considerable —si no es mayor, y aún mucho mayor— que la que ha creado en su propio dogmatismo.

En cuanto al camino histórico de Checoslovaquia en el futuro, es difícil de profetizar. Por el momento, sus dirigentes y sus seguidores creen que la experiencia puede ser una entrada de lleno en un mundo distinto. Esta esperanza les fallará. El mundo está en crisis, todas las naciones están en crisis, sea cual sea su antigüedad, su régimen, su sistema y Checoslovaquia no estará inmunizada haga lo que haga, se presente como se presente. Esto dicho, se puede añadir que su experiencia es de sentido positivo —si no se tergiversa, si la decepción que ha de venir no da ánimos a la contrarrevolución— en el desarrollo general de esa crisis, como deben serlo todos los movimientos de liberación de ideas congeladas, de contraste de opiniones, de mejora de las libertades.

